

El patrimonio cultural en la provincia de Ciego de Ávila (Cuba)

Análisis y propuestas de ida y vuelta

Antonio Ortega Ruiz (editor)



iun
Universidad
Internacional
de Andalucía
A

HISTORIA (CASI ÍNTIMA) DE UN ENCUENTRO

*Para Bernabeli, Alberto y Elena
Por todo lo que ellos saben que son para mí,
y por lo que soy incapaz de demostrarles*

Soy de un lugar donde cuecen el pan
a la orilla de un sueño que lucha el amor.
Tengo del negro y de España su luz
y una historia bien corta que se hace sentir.
Vengo del centro del mar,
siento el sur más que el norte
y el rojo me cruza la sien.

Donde habita el corazón, Vicente Feliú.

Este libro recoge, *grosso modo*, parte de los contenidos de los cursos sobre Patrimonio hasta el momento impartidos en Ciego de Ávila (Cuba) fruto de la cooperación entre la Universidad Internacional de Andalucía y la Universidad de Ciego de Ávila «Máximo Gómez Báez», con el apoyo de la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional al Desarrollo. Ha nacido, con esfuerzo e ilusión, con el objetivo de poner un granito de arena en la difusión del conocimiento en este terreno y con el ferviente deseo de que cumpla con las expectativas que nos hemos formado respecto a él.

Como historiador sé que el individuo aislado no protagoniza la Historia con mayúsculas, pero también estoy convencido que la «pequeña historia», la historia con minúsculas, la conforman los renglones escritos por el esfuerzo de indivi-

duos con nombres y apellidos, en los que algunas veces interviene el azar, la casualidad o, si se quiere, eso que se llama «destino». Este libro también es el resultado de la feliz concatenación de una serie de circunstancias personales, algunas de ellas meramente casuales a las que, sin embargo, parece haber unido «el destino». Las líneas de presentación que siguen son, pues, una exposición personal y casi íntima de algunas de esas circunstancias y una forma de agradecer a quienes han escrito conmigo parte de esta pequeña historia.

Durante mis estudios en Secundaria Cuba no era más que esa tierra «descubierta» por Colón en su primer viaje, ensombrecida por las épicas conquistas de Méjico y Perú, desaparecida durante 300 años de la historia que nos enseñaban hasta que sonaban los ruidos de una «Guerra de Cuba», tan traumática para el pueblo español por sus miles de muertes, dramas personales y familiares y conflictos sociales, que hasta dio lugar al nacimiento de un movimiento literario tan importante como *La Generación del 98*. Eso era todo.

Para el niño y adolescente que fui en la España de los años sesenta y setenta del siglo xx, la presencia de Cuba en la vida cotidiana no iba más allá de la difusa imagen en blanco y negro de Antonio Machín «y sus maracas» (ya al final de su carrera), cuyos boleros llegaron a formar parte de la identidad musical y sentimental de generaciones de españoles; o de *Pepe* Legrá, el boxeador de agilidad felina, voz aguda, verbo atropellado y acento extraño que ganaba títulos del «peso pluma» para España. A pesar de ser negros y hablar con ese acento exótico eran españoles, lo que para mí, tan ajeno entonces a lo que décadas después sería la proliferación de razas y nacionalidades por estas tierras, era difícil de entender. Pero lo decía «La Televisión» y sería verdad.

Y de ahí directamente a Fidel y sus «barbudos», a la Revolución, a la legendaria y atractiva figura del *Che*, y todos los ecos mediatizados que de allí nos llegaban. Pero eso, entonces, aún pertenecía al territorio de la voz baja y los círculos reducidos.

Afortunadamente, la caída de la dictadura en España permitió, entre otras cosas, que una parte de la juventud tuviéramos la oportunidad de despertar al mundo y a la libertad con la banda sonora de la Nueva Trova Cubana, con las melodías de Pablo Milanés y, sobre todo, con la maravillosa poesía musical de Silvio Rodríguez: *Solo te pido*, *La era está pariendo un corazón*, *Son de Cuba y Puerto Rico*, *La canción del elegido*, *Yo pisaré las calles nuevamente*, *Pequeña serenata diurna*, *En estos días*, *Amo esta isla*, *El Necio*, *Óleo de mujer con sombrero*, *Unicornio*, y tantas y tan-

tas canciones que conformaron los sentimientos, las emociones, los deseos e ilusiones de algunos de quienes entonces llegábamos a la juventud deseosos de comer-nos el mundo y la vida.

Cuba, esa isla tan ligada a España histórica y culturalmente, la rebelde caribeña, la que había parido la música y la poesía que formaban parte de mi vida, se instaló en los espacios interiores de mis sueños inalcanzables. Pero las casualidades y el azar (o «el destino») nos fueron acercando.

En la década de los ochenta del siglo xx pude conocer en Baeza, por una inusual coincidencia en plena calle, a Mario Averoff Purón (no se me olvidaron nunca su nombre ni su figura), que resultó ser agregado cultural de la embajada de Cuba. Él me estuvo remitiendo, hasta su prematura muerte, ejemplares de *Cuba Internacional* y *Bohemia* que yo leía con voracidad y aún conservo como oro en paño. Fue mi primer, aunque muy lejano, acercamiento.

En el año 2004, también en Baeza, la fortuna me brindó un inesperado concierto y una noche mágica con Vicente Feliú (he de confesar, con pudor, que era entonces para mí una figura desconocida). Desde entonces lo considero como un hermano mayor. Un trovador brillante, de profunda cultura, vida intensa y preñada de experiencias; una figura imprescindible de la Cuba indomable, que me regaló su amistad, me ha acompañado en La Habana, me ha acogido en su casa, me ha admitido en sus reuniones de cumpleaños en Alamar y me ha dejado momentos inolvidables.

El tercer protagonista esencial, fundamental, en esta historia es Elsa Fernández, *Elsita*. Su trabajo y su pasión la han traído muchas veces a la Morón sevillana desde su querida Morón cubana natal tejiendo amistad y solidaridad. Hace ya 25 años recaló en Baeza y, desde ese momento, me inculcó un interés tal por su tierra, Ciego de Ávila, que acabó por convertirse en pasión. Una mujer trabajadora, inteligente, firme, persistente, que personifica lo mejor de los valores de la Cuba de su tiempo. Ella abrió y despejó los caminos que posibilitaron hacer realidad, entre otras cosas, la colaboración que hoy se refleja, en parte, en este libro.

Es así como en 2011, gracias al Plan de Movilidad de la UNIA, visité por primera vez la provincia de Ciego de Ávila para descubrir, conocer y profundizar en la extensa historia de La Trocha, los espacios naturales y la cultura tradicional guajira del bello territorio de Florencia, las parrandas del Norte de la provincia (hoy incluidas en la Lista del Patrimonio Inmaterial de la Humanidad), la tradición de los bandos Rojo

y Azul de Majagua, Morón y su gallo emplumado y orgulloso, las lagunas Redonda y de La Leche, el tesoro arqueológico de Los Buchillones, sus museos y centros culturales, la omnipresente huella de la caña y el azúcar, la permanente presencia histórica y cultural de España, y la riquísima diversidad étnica que tanto valor aporta a esta tierra: un territorio rebosante de valores culturales fruto de la feliz mezcla de población autóctona, de descendientes de españoles, de haitianos, de jamaicanos, de chinos y de árabes. Aquella visita me resultó impactante.

Y así nació el proyecto de cooperación que logramos hacer realidad, con persistencia, en 2014, que consolidamos en 2018, y al que esperamos dar continuidad abriendo nuevas y enriquecedoras perspectivas.

Pero si todo ello me ha proporcionado una profunda satisfacción profesional, la oportunidad de conocer a tantas personas y estrechar tantas amistades es lo que mayores alegrías personales me ha dado. En Ciego de Ávila siento *ser* ya parte de algo (no solo de *estar*), he vivido las dificultades, las alegrías, los contratiempos, las imposibilidades y las conquistas de la vida cotidiana de esta tierra; me han preocupado los efectos de los huracanes (sobre todo del Irma) sobre personas a las que conozco y bienes culturales y materiales que me son cercanos; he tenido que aplicar la *creatividad y el ingenio cubanos* a situaciones imprevistas; me he emocionado y admirado con la voluntad de superación, la sencillez y la modestia de tanta gente tan válida; he trabajado, paseado, me he movido y me han hecho sentir como un cubano y avileño más. En Ciego me siento en casa, querido y mimado. Por eso, el mayor orgullo de haber sido honrado con la distinción *Ornofay* no me lo aporta el reconocimiento a méritos que no tengo, sino el saber que se me considera parte de esa comunidad.

Además de los nombrados ya, quiero manifestar mi enorme gratitud por haber tenido la posibilidad de conocer a muchas de esas personas que hacen grande a la isla: en primer lugar, a Lucía M^a. Quintana, mi compañera en la codirección de los cursos, sin cuyo trabajo abnegado, modesto y persistente no podrían haberse celebrado ni obtenido tan brillantes resultados (espero que su estancia en Angola le sea provechosa); a Juana Rodríguez, *Juanita*, que junto con Elsa han sido las grandes facilitadoras de la enorme logística que una actividad así conlleva; a José Martín Suárez, *el Bolo*, por su profunda sabiduría nacida del pueblo; al brillante Adrián García Lebroc, un intelectual imprescindible; a Larry Morales y al fallecido Miguel Lima por sus sabias atenciones en todas mis visitas; a las trabajadoras del *hotelito*

de la sede Manuel Ascunce de la UNICA y a Lázaro su responsable, por cuidarnos; al personal del Museo Provincial y el de Artes Decorativas; a Doralis Nuez y todos los trabajadores de Patrimonio, siempre a disposición; y muy especialmente a todas y cada una de las alumnas (y alumnos, aunque han sido inmensa minoría) de los cursos porque su esfuerzo, compromiso, ilusión, espíritu crítico, intensos debates, alegría y sobresaliente modestia a pesar de sus capacidades y responsabilidades, han sido acicates ilusionantes para todos nosotros.

Y a quienes desde la UNICA se han volcado en conseguir hacer realidad este proyecto de cooperación: desde Ramiro Castillo, Anisia Ruiz, *Ania*, y Celin Pérez al frente del Rectorado; al muy querido Víctor Alonso, a Elina Padrón y Marcos Gutiérrez en Relaciones Internacionales; a Milagros Molina y el personal de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanísticas, a las impagables profesoras Lissete Arzola, Bárbara Gómez, *Baby*, y Daimés Gascón con quienes hemos convivido y aprendido durante tantos y tantos días.

No quiero dejar de expresar, aunque lo sepan, mi profundo agradecimiento a Pepe Castillo, Víctor Fernández, Jordi Padró, Rocío Silva, Manel Miró y José Domingo Sánchez por su entrega y cooperación desinteresada con este proyecto, por su compañerismo y por su amistad, por las inestimables conversaciones en los escasos momentos de descanso y los largos paseos, por los debates sobre patrimonio, sobre Cuba, sobre España, sobre lo divino y lo humano, por su comprensión y ayuda en las dificultades, por las tardes de helados en el Coppelía del Bulevar, por su esfuerzo amigo, por lo mucho que aprendo de ellos, y sobre todo por soportarme y acompañarme en esta enriquecedora aventura.

Y, por último, a mi compañera de vida y a mis hijos, por las ausencias y, sobre todo, por aguantar estoicamente los relatos de vivencias, personas, circunstancias, momentos, historias, paisajes, desplazamientos y hasta las características de la avifauna avileña; *chapa* que les suelo soltar en cualquier momento. Creo que se han convertido en expertos conocedores de la región de La Trocha.

Baeza, noviembre de 2019